

**CIL II 4977 (MONDRAGÓN, GUIPÚZCOA).
UNA INSCRIPCIÓN ROMANA ENTERRADA
POR LA INQUISICIÓN Y CONSERVADA EN SEGOBRIGA**

**CIL II 4977 (MONDRAGÓN, GUIPÚZCOA).
A ROMAN INSCRIPTION BURIED BY THE INQUISITION
AND CONSERVED AT SEGOBRIGA**

JUAN MANUEL ABASCAL
Universidad de Alicante

RESUMEN

La inscripción *CIL II 4977*, de procedencia desconocida para Hübner, viene en realidad de una ermita cercana a Mondragón, de donde fue retirada y enterrada por orden de la Inquisición en 1787. Allí la exhumó José Vargas Ponce entre 1800 y 1803 y la trasladó a la Real Academia de la Historia (Madrid), desde donde pasó en 1907 al Museo Arqueológico Nacional y en 1974 al Museo de *Segobriga*. Los manuscritos de Vargas Ponce de la Real Academia de la Historia permiten asegurar ahora su procedencia.

SUMMARY

The *CIL II 4977* inscription, for Hübner of unknown origin, really comes from a hermitage close to Mondragon, from where it was removed and buried by order of the Inquisition in 1787. It was exhumed by José Vargas Ponce between 1800 and 1803 and transported to the Royal Academy of History (Madrid). In 1907 the monument was moved to the National Archaeological Museum and in 1974 to the Museum of *Segobriga*. The Vargas Ponce manuscripts of the Royal Academy of History now allow its provenance to be confirmed.

PALABRAS CLAVE: Mondragón, Vargas Ponce, San Valero, Madrid, *Segobriga*, inscripción romana.

KEY WORDS: Mondragón, Vargas Ponce, Saint Valero, Madrid, *Segobriga*, Roman inscription.

En la junta ordinaria del viernes 9 de marzo de 1804, bajo la presidencia de su director Francisco Martínez Marina, José Vargas Ponce leyó una extensa Memoria «sobre una piedra romana atribuida a San Valero, obispo de Zaragoza, que trajo de Mondragón y presentó para nuestro Gabinete de Antigüedades».¹

¹ Flores 1817, III. La revisión de los manuscritos empleados para este trabajo se ha realizado en el marco del proyecto HAR2009-09104 (subprograma HIST) del Ministerio de Ciencia e Innovación del Gobierno de España.

La piedra romana en cuestión era la inscripción votiva *CIL II 4977*, que había viajado en su equipaje desde el País Vasco unas semanas antes y que el destino llevaría casi dos siglos después al Museo de Segobriga (Saelices, Cuenca). A las vicisitudes del hallazgo, conservación y sucesivos traslados de la pieza están dedicadas las siguientes páginas.

José Vargas Ponce (Cádiz, 1760 - Madrid, 1821) había nacido en el seno de una acomodada familia gaditana e ingresó en 1862 en la escuela de guardias-marinas de su ciudad. Tras una temprana carrera militar, sólidamente forjada a la sombra de Vicente Tofiño y José Mazarredo, ingresó en 1786 en la Real Academia de la Historia y gozó de la protección de Campomanes y de la amistad de Jovellanos. En 1790 fue admitido en la Real Academia de Bellas Artes y en 1814 en la Real Academia Española. Ocupó en tres ocasiones la dirección de la Real Academia de la Historia, fue dos veces diputado en Cortes (1813-1814 y 1820) y su genio literario fue reconocido por todas las instituciones de su tiempo, pudiendo así frecuentar los círculos eruditos de las cortes de Carlos III y Carlos IV y llegando a ser retratado por Goya.² Todos esos merecimientos no impidieron que los celos profesionales y las aversiones personales de Domingo Grandallana, Mariano Luis de Urquijo y del mismo Godoy, le llevaran a una vida de destierros fuera de Madrid, con muy pocas interrupciones, entre 1798 y 1820.

En uno de sus primeros exilios, Vargas Ponce se estableció a finales de julio de 1800 en San Sebas-

² Los detalles biográficos pueden verse en Abascal-Cebrián 2010, *passim*.

tián, desde donde inició la exploración de los archivos de Guipúzcoa, su principal objeto de interés durante esa estancia, y desde donde realizó algunas excursiones a diferentes localidades del territorio.

Como buen conocedor de la tradición literaria de la propia Academia y de los escritores del tiempo de los Austrias, Vargas estaba familiarizado con las obras de Ambrosio de Morales (1513-1591) y de Esteban de Garibay (1533-1599). En la edición barcelonesa de este último leyó el gacitano lo siguiente:³

«Sant Valerio, obispo de la misma ciudad de Zaragoza, siendo viejo no quiso Daciano martirizarle, pareciéndole que bastaba enviarle a destierro, y muchos dicen que en Ribagorza cumplió su destierro y otros que murió cerca de la ciudad de Valencia. Los cántabros tienen por cierto que en Cantabria padeció su destierro y murió en jurisdicción de la villa de Mondragón, llamada en estos tiempos Arrasate... Acuérdomo, siendo yo de tierna edad, haber oído decir de un tío mío, clérigo presbítero, viejo de setenta años o más y docto en la lengua latina y muy vigilante en las cosas del culto divino, que, citando un tratado de un prelado obispo de Valencia, solía decir que él había leído en aquella obra haber vivido y fallecido el glorioso obispo de Zaragoza San Valerio debajo de la peña de Mondragón, en la parte que se llama Zarea, llamada Aqueegui. Lo cual conforma bien con los indicios ciertos que en la misma parte constan, porque en el lugar citado hallamos hoy una devota iglesia de la advocación del bienaventurado Sant Valerio...»

En ese mismo texto decía Garibay que, hacia 1500, el obispo de Calahorra Juan de Ortega se desplazó a Mondragón con el fin de conocer si esa tradición del culto a San Valerio tenía que ver con la existencia de reliquias o con el lugar de enterramiento de éste.⁴ Para comprobar tales extremos, llevó a cabo excavaciones en el lugar de la ermita pero sólo pudo encontrar «una hoz de segar y otros rastros de antigüedad, aunque después cesó de la diligencia».

Tras hacer referencia a estos asuntos que conocía por otros, y descartando que allí se encontrara el cuerpo de San Valero,⁵ Garibay centró su atención en

lo que personalmente podía comprobar y dejó escritas estas frases que han pasado desapercibidas en la literatura científica:⁶

«En la misma iglesia hay una piedra con letras antiguas latinas, donde se halla escrito el nombre de Sant Valerio y otras cosas al propósito, que he leído yo, y las gentes la besan con mucha devoción».

Es decir, Esteban de Garibay había visto en el siglo XVI una inscripción latina en la ermita de San Valerio situada al norte de la localidad de Mondragón. Con esos datos Vargas tuvo motivos para realizar su particular encuesta en busca del monumento.

Los resultados de esas pesquisas⁷ le llevaron a saber que la inscripción había existido hasta pocos años antes de su llegada, que normalmente se encontraba cubierta con un lienzo dentro del templo y que «por ventura no hay en el corriedo de Mondragón vecino alguno mayor de 30 años que no haya practicado una y muchas veces la siguiente maniobra. Entrábase en la ermita y se hacía reverencia al altar. Luego se enderezaban hacia la bendita piedra e inclinaban sobre ella la dolorida y preocupada cabeza, continuando el íntimo contacto con los expresivos ósculos hasta que se enfriaba, si no la fe, el cráneo».⁸

Por esa misma encuesta supo Vargas que en 1787 Fr. José de Ávila, discípulo de Enrique Flórez (1702-1773) y vicario de las monjas Agustinas, denunció a la Inquisición de Navarra que en Mondragón se daba culto «a una piedra dedicada por los gentiles al dios Decalagos»⁹ lo que llevó a que se hiciera «a la piedra el proceso que merecía», de lo que resultó su retirada del templo y la orden de enterrarla, tarea que se encomendó con cautela «a expensas de cargarla sobre sí al anciano y celoso párroco».

Así estaban las cosas cuando llegó Vargas Ponce a Mondragón durante su exilio de 1800-1804. Al conocer los antecedentes del monumento, y dando crédito a cuanto le habían contado, consiguió que se le mostrara el lugar en que había sido enterrada la inscripción una década antes y la exhumó.¹⁰ No sólo eso, sino que habida cuenta de lo clandestino de su operación, realizada al margen de las autoridades

³ Garibay 1628, tomo I, 218-219.

⁴ Garibay, *loc. cit.*, 219. Juan de Ortega fue obispo de Calahorra de 1499 a 1503.

⁵ Garibay, *loc. cit.*, 219: «No se puede negar que la común opinión sea que su cuerpo está enterrado en la iglesia de San Vicente de la ciudad de Roda, que es en el condado de Ribagorza, de donde Don Alonso 2.º de este nombre, 6.º rey de Aragón, dicen las historias de Aragón haber trasladado su santa cabeza a la iglesia mayor de Zaragoza».

⁶ Garibay, *loc. cit.*, 219.

⁷ Relatadas sumariamente en el manuscrito Vargas Ponce, RAH-9-4206-59/a, pliego 2.

⁸ *Ibid.*

⁹ *Ibid.*

¹⁰ Vargas, RAH-9-4230-10, en Fernández Duro 1894, 523: «... y Vargas, furtivamente, la desenterró y trajo consigo y presentó a la Academia con su verdadera explicación y varia fortuna».

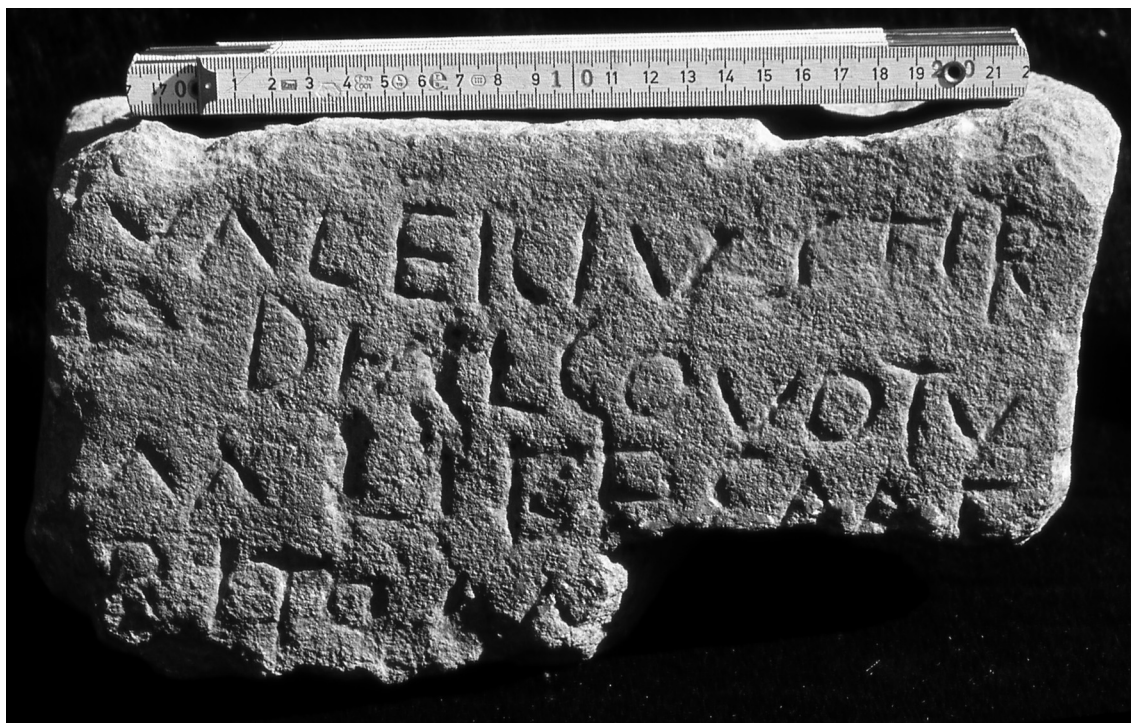


Figura 1. Inscripción de Mondragón (CIL II 4977) llevada a Madrid por Vargas Ponce en 1804.

locales, la incluyó en su equipaje y la llevó a Madrid en su viaje de vuelta de enero de 1804.¹¹

El viernes 2 de marzo de 1804 hubo, como era costumbre, junta ordinaria en la Real Academia de la Historia. Vargas había elegido para su entrada en escena tras el exilio vasco la presentación de la inscripción de Mondragón. Sabía que la donación del epígrafe a la Academia y la explicación de su contenido serían del agrado de sus compañeros y le permitirían hacer una exposición que combinara los resultados del viaje con su vasta erudición. Pero no pudo terminar a tiempo su informe; había que cuidar los detalles de aquella primera intervención después de cinco años y no podían quedar cabos sueltos; en una carta de aquel día a Martín Fernández de Navarrete un Vargas desconocido, como si fuera a presentar su primer trabajo de adolescente, confesaba a su íntimo amigo que la obra no estaba terminada y que tendría que esperar a la siguiente reunión.¹²

¹¹ Flores 1817, XXII: «El señor Director actual [Vargas], de vuelta de sus viajes en 1804...».

¹² Vargas a Fernández de Navarrete. Madrid, 2 de marzo de 1804. Biblioteca del Museo Naval, ms. 2009, fol. 30r (transcrita parcialmente en Durán 1997, 134, n.º 88): «... cuando esté concluida en borrador la Memoria sobre la inscripción que he traído de Guipúzcoa, y si no me equivoco me ha salido muy cuca (ya lo verás), y se presentará el viernes próximo...».

De ese modo, cumpliendo con lo previsto, en la junta del viernes 9 de marzo de 1804 Vargas Ponce entregó a la Academia la inscripción de Mondragón que había venido en su equipaje desde Guipúzcoa (Fig. 1)¹³ y leyó el informe que había escrito sobre ella,¹⁴ donde figuraba una escueta transcripción (Fig. 2).

La Academia agradeció el regalo, elogió la exposición y decidió que el monumento pasara a formar parte de la colección permanente de la Sala de Antigüedades. Vargas entregó allí mismo el manuscrito de su disertación¹⁵ y éste pasó a manos de Vicente González Arnao (1766-1845), como revisor general, para que estudiara la conveniencia de su publicación. Arnao empleó más de medio año en valorar la conveniencia de publicar el texto y dio el plácat a la publicación —como consta en el documento autógrafo que se conserva¹⁶— y en la sesión del 12

¹³ Hübner, CIL II 4977.

¹⁴ Sobre el asunto, cf. el breve comentario de Guillén Tato 1961a, 14, e *id.* 1961b, 42.

¹⁵ Vargas Ponce, RAH-9-4206-59/a.

¹⁶ Expediente personal de Vargas Ponce en la Real Academia de la Historia: Autógrafo de Vicente González Arnao de octubre de 1804, como revisor general, aprobando la publicación del informe sobre «una piedra romana atribuida a S. Valero que trajo él mismo [Vargas] de Mondragón». Está transcrito en Guillén Tato 1961b, 42-43.

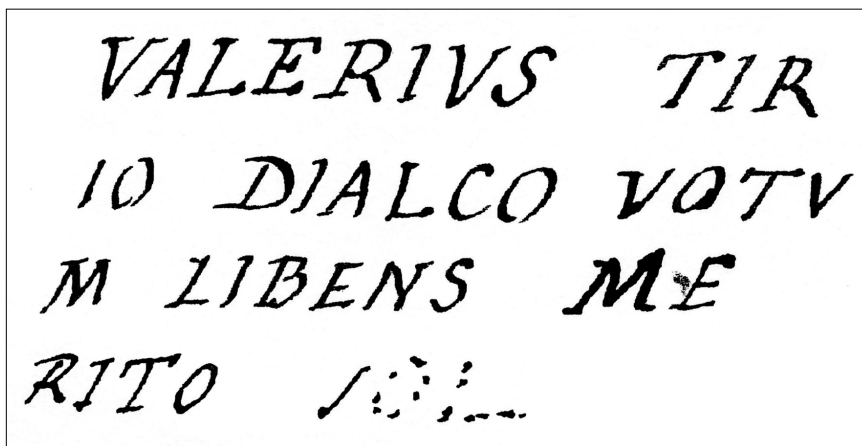


Figura 2. Ilustración de la inscripción de Mondragón (*CIL* II 4977) en el informe de Vargas Ponce de 1804 (RAH-9-4206-59/a).

de octubre de 1804 lo leyó públicamente y lo hizo suyo la Academia. Nadie volvió a preocuparse del asunto pero el texto no se publicó; los retrasos editoriales y la ocupación francesa hicieron caer en el olvido el texto, de modo que más de una década después seguía inédito como sabemos de nuevo por la crónica de Joaquín Juan de Flores que, como secretario académico, había dado fe de todo este asunto.¹⁷ Sin embargo, el texto no pasó el filtro de la generación de académicos que comenzó a poblar la Academia en las décadas siguientes, a los que la retórica del gaditano y sus críticas a Garibay o a Risco parecían estériles. El secretario Diego Clemencín (Murcia, 1768-Madrid, 1834) no llegó siquiera a leer el texto cuando lo descalificó rotundamente en 1832:¹⁸

«En los primeros años de este período adquirió la Academia una lápida, traída de Mondragón en Guipúzcoa, en la que la mención de un Valerio ocasionó, en tiempos de ignorancia y excesiva credulidad, la opinión vulgar de que pertenecía a San Valero. La Academia, obligada por su instituto a purgar de fábulas la historia de la nación, tiene en este monumento el mayor apoyo de la memoria que en otro tiempo escribió su difunto académico Don José de Vargas, ilustrando este punto con mucha crítica y en que, sin ofensa de la piedad, confundió el error común sobre la materia».

¹⁷ Flores 1817, III: [está preparada para publicar] «...otra del señor Don José de Vargas, actual Director del Cuerpo, sobre una piedra romana atribuida a San Valero, obispo de Zaragoza, que trajo de Mondragón y presentó para nuestro Gabinete de Antigüedades».

¹⁸ Clemencín 1832, 18.

No había ningún error. Vargas no había sido víctima de ningún engaño. Había traído de Mondragón una inscripción romana dedicada a un dios indígena y la había presentado como tal. El comentario de Clemencín hacía poca justicia al rigor histórico del gaditano pero sirvió para que el asunto quedara zanjado definitivamente.

Cuando Hübner llegó a Madrid en abril de 1860 y catalogó para el *Corpus Inscriptionum Latinarum* la colección de la Real Academia de la Historia nadie supo decirle de dónde procedía aquel monumento romano, por lo que lo registró como de procedencia desconocida y se limitó a añadir: «Nomen dei peregrini ex regionibus paeninsulae aut septentrionalibus aut occidentalibus titulum provenisse docet».¹⁹ Con eso se abría la puerta a una nutrida tradición literaria que mantendría el epígrafe en el limbo geográfico, pues el documento de Vargas, la única prueba que había de su procedencia, quedó guardado para siempre en uno de los legajos de su colección.²⁰

Medio siglo después de la visita de Hübner, y con otras inscripciones conservadas en el Gabinete de Antigüedades de la Real Academia de la Historia, la pieza de Mondragón fue depositada el 28 de junio de 1907 en el Museo Arqueológico Nacional (expediente

¹⁹ Hübner, *CIL* II 4977, de la autopsia en la Real Academia de la Historia (de ahí, Vives *ILER* 801); Rivero 1933, 15, n.º 42; Blázquez 1961, 210 y fig. 92 (foto); *id.*, 1975, 80; M.ª L. Albertos, Teónimos hispanos, Apéndice III en Blázquez 1983, 481 (= Spanische Götternamen nach M.L. Albertos Firmat, Apéndice en Blázquez 1986, 266); Almagro 1984, 90-92, n.º 20 (foto); Blázquez - García-Gelabert 1988, 169 (foto); Abascal - Gimeno 2000, 115, n.º 147 (foto y autopsia). Se conserva en el Museo de Segobriga (Saelices, Cuenca).

²⁰ Vargas Ponce, RAH-9-4206-59/a.

1907/32/70) y llegó a estar expuesta en la sala VII hasta 1960. Ni el catálogo de Rivero de 1933 ni las publicaciones sucesivas, incluida nuestra edición del catálogo epigráfico de la Academia, dieron valor a una nota de los índices antiguos del Museo Arqueológico Nacional en la que se decía que la inscripción procedía de Mondragón. Pese a las reticencias de algunos editores, tuvieron siempre más peso las dudas de Hübner y, sobre todo, el hecho de que en una fotografía del archivo del Museo alguien escribiera al dorso «Procedencia: Segobriga». Con esos antecedentes, cuando se construyó el Museo de Segobriga, Martín Almagro Basch incluyó el monumento en el conjunto que se trasladaría a este nuevo emplazamiento, de modo que en 1974 pasó a formar parte de la colección estable del centro.

Así fue como una inscripción romana, que formaba parte del culto cristiano en la ermita de San Valerio cerca de Mondragón, fue arrancada de su emplazamiento y enterrada por orden de la Inquisición, desenterrada clandestinamente por Vargas Ponce, trasladada a Madrid y llevada dos siglos después al Museo de Segobriga. Por suerte ahora también ha sido *desenterrado* el manuscrito que permite conocer su historia.

BIBLIOGRAFÍA CITADA

- Abascal, J.M. – Cebrián, R. (2010): *José Vargas Ponce (1760-1821) en la Real Academia de la Historia*, Madrid 2010 (en prensa).
- Abascal, J.M. – Gimeno, H. (2000): *Epigrafía Hispánica. Catálogo del Gabinete de Antigüedades*, Madrid, Real Academia de la Historia, 2000.
- Almagro Basch, M (1984): *Segobriga II. Inscripciones ibéricas, latinas paganas y latinas cristianas (Excav. Arq. Esp. 127)*, Madrid 1984.
- Blázquez, J.M.^a (1961): *Religiones primitivas de Hispania I. Fuentes epigráficas*, Roma 1961.
- Blázquez, J.M.^a (1975): *Diccionario de las religiones prerromanas de Hispania*, Blázquez, J.M.^a (1983): *Primitivas religiones ibéricas. Religiones prerromanas*, Madrid 1983.
- Blázquez, J.M.^a (1986): *Einheimische Religionen Hispaniens in der römischen Kaiserzeit*, en *Aufstieg und Niedergang der römischen Welt II*.18.1, Berlin - New York 1986, 164-275.
- Blázquez, J.M.^a; García-Gelabert, M.^a P. (1988): Nuevas aportaciones a las religiones primitivas de Hispania, *Espacio, Tiempo y Forma* (serie II, *Historia Antigua*) 1, 1988, 153-183.
- Clemencín y Viñas, D. (1832): *Noticia de la Real Academia de la Historia o Resumen de sus Actas desde el año de 1821 hasta concluir el de 1831, leído en sus Juntas del mes de marzo de 1832*, Madrid 1832. Es tirada aparte de *Memorias de la Real Academia de la Historia* 7, 1832, I-XXXIV.
- Durán López, F. (1997): *José Vargas Ponce (1760-1821). Ensayo de una bibliografía y crítica de sus obras*, Cádiz 1997.
- Fernández Duro, C. (1894): Noticias póstumas de D. José Vargas Ponce y de D. Martín Fernández de Navarrete, *Boletín de la Real Academia de la Historia* 24, 1894, 500-546 (la nota autobiográfica que incluye apareció también en *Correspondencia epistolar de D. José de Vargas y Ponce y otros en materias de arte, coleccionadas por D. Cesáreo Fernández Duro y publicadas por la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando*, Madrid 1900, 17-51).
- Flores, J.J. (1817): Noticia histórica de la Academia desde el mes de julio de 1802 hasta fin de noviembre de 1804, leída por su secretario D. Joaquín Juan de Flores en la junta pública del 31 de julio de 1807, *Memorias de la Real Academia de la Historia* 5, 1817, I-XXVIII.
- Garibay, E. (1628): *Los cuarenta libros del compendio historial de las crónicas y universal historia de todos los reinos de España*, Barcelona, Sebastián Comellas, 1628, 3 vol.
- Guillén Tato, J. (1961a): *El capitán de fragata Don José de Vargas Ponce (1760-1821)*, *Revista General de Marina* 160, enero 1961. Tirada aparte. Madrid 1961.
- Guillén Tato, J. (1961b): *Perfil humano del capitán de fragata de la Real Armada D. José de Vargas y Ponce de las RR. Academias española, de Bellas Artes y de la Historia, y director de ésta, a través de su correspondencia epistolar (1760-1821)*, Madrid 1961.
- Rivero, C. M.^a (1933): *El lapidario del Museo Arqueológico Nacional*, Valladolid 1933.

Recibido el 08-03-10
Aceptado el 19-07-10